

COLECCIÓN ARIEL

Epítomes de Literatura Internacional, Antigua y Moderna

Número 41

San José, Costa Rica, C. A.

Setiembre, 1913

SUMARIO

- Samuel Velázquez. . . *Los once hermanos.*
- Diego Carbonell. . . . *El vegetarianismo y su trascendencia.*
- Samuel A. Lillo. . . . *Canto a la América Latina.*
- F. García Calderón . . *Derroteros pedagógicos.*

LOS ONCE HERMANOS

ESTO dice un grupo de beldades campesinas que avanzan por el camino real, mirando a la casa de campo de los once hermanos, un domingo por la tarde:

CAMILA.—A mí el que más me gusta es el tercero. Qué risa tan linda! Le suena como una dulzaina; pero me choca mucho la vieja.

INÉS.—A mí el quinto. Lo vi el otro día sujetando un toro, sin moverse; parecía un estacón de fierro. Qué sabroso será ser la mujer de un hombre así; el sudor le había pegado el pelo a la frente, y se le veía como

un encaje de sortijas negras. Tenía desabotonada la camisa y mostraba un pecho blanco y peludo, parecía un león imás hermoso! Casi se le va el toro, porque se descuidó diciéndome al pasar: — «Si así pudiera yo sujetarte, morena». Y respondí de modo que no me oyera: — «Ya te diera yo la soga, montañero provocativo». Sí, pero se me figura que su madre me la reventaría; ay, qué vieja más antipática.

SALOMÉ.—De veras, ¡qué señora tan odiosa! No sé por qué me choca tánto. Decías tú que te gusta el del toro? No seas simple, hija mía. Yo no cuadro con hombres que paralizan a una de un apretón y que no se dejan torcer con maña el bigote! El segundo, queridas, el segundo, que tiene un hablar como de gran señor, sin contar con que es el más buen mozo y el que sale más bien vestido a la ciudad.

ROSA.—Ay, chicas, a mí me desmaya el mayor, menos cuando va con el espanto de su madre al lado. Esos ojazos del hombre en que se le ven los montes, las talanqueras, las nubes y la honradez. Les aseguro que yo comiera sal en la mano de ese señor con mucho gusto.

ELISA.—Y no han citado el mío, digo... pues... el de su madre.

TODAS.—Cuál es?

ELISA.—Uno que hay ahí muy callado y que tiene el cabello más crespo que el de los otros.

TODAS.—Ah, mujer desabrida! Cabalmente, el único que tiene trazas de bobo.

ELISA.—De esa agua mansa líbralas, Dios mío! Que me pregunten a mí a qué sabe el pan que amasa el bobito aquel.

MERCEDES.—Es feo que no se haya casado ninguno; y la madre, que bien podría aconsejarlos, se está tan disimulada como cosa de niña bonita guardada por once dragones; sí, tan bonita que ni una noche de truenos.

CELIA.—Con seguridad que todos son unos perdidos.

INÉS.—O unos avaros.

LEONOR.—Si, señora; unos vagamundos.

JULIA.—Eso.

TODAS.—Y la señora Juanita, una vieja muy ridícula. Qué pensará hacer con once solterones?

Once hermanos uniformados por una belleza miguelangélica, de bustos anchos, cabellos rizados y caóticamente negros, brazos de relleno duro como un empedrado, pantorrillas de planos de hierro y pies grandes. Son blancos los once, de bigotes

imperiales y ojos tan semejantes los de unos a los de otros como entre sí las flores de una rama. La madre de todos ellos es una viejecita sumamente pequeña y de tan finas proporciones que al lado de cualquiera de sus hijos se ve al igual que un retoño al pie de un cedro gigante. De ella no heredaron los once más que los ojos, unos ojos enormes, ebrios de claridad y abiertos de honrada manera, porque todos miran horizontalmente. Del padre, que era un hermoso caso de fuerza y lozanía, heredaron eso y muchas tierras consteladas de ganados.

Muy temprano todos los días volteaba cada cual a su oficio y éste se las tenía con un potro levantisco y temblador en la llanura, quiénes destrozaban una selva, cataban los demás la llanada con un cerco.

Lo único en que la naturaleza no había puesto sus acentos vitales en este cuadro de amable ingenuidad era en que ninguno de los once había pensado en casarse, aunque recorrían la gradería de años que van de diez y ocho a treinta y dos. Lo que eran zalamerías y guasa con las muchachas no les faltaban y uno que otro topetón con los mozos del contorno por celos y repulgos de machos vibrantes; pero lo que era esmaltar el asunto de amor con la mano del cura,

nó, nó; y mientras tanto dale a la ternura con su viejecita reina.

A la oración se juntaban en el cuarto de la madre y ejecutan aquí una labor, rasguean cuerdas más allá, conversan los demás, se les iba la noche en plácido esparcimiento, hasta que a una señal de la anciana callaban todos y brotaba el rosario fresco y armonioso como el balanceo de un cañaveral al viento. Componían los once hermanos al responderle a su madre en coro, uno como armonium religioso en que voces de bajo profundo a dúo con otras argentinas y juveniles, timbradas todas, iban siguiendo obedientes el acento trémulo de la viejecita. Los once hermanos rezándole a la Virgen eran once leones embelesados con un armíño; más de una docena de columnas de piedra agrupadas para sostener una golondrina. La amante plegaria se iba regando en las ondas del viento y pasaba triunfante por sobre el mugido ardiente de los toros, el enamorado chispear de los cocuyos y el rumoreo de alas y cantos con que el amor de la carne seduce entre el misterio tolerante de la noche.

EL MAYOR.—Decididamente habéis pensado en no casaros? Al primero que lo haga le regalo cincuenta novillonas.

—EL OCTAVO.—Cásate tú, que yo te las doy a tí; afortunadamente no eres más rico que yo; u ofréceselas a éste.

EL DÉCIMO.—Muchas gracias; yo tengo un compromiso con cierta persona—mirando de reojo a su madre—y no quiero entrar en otros arrechuchos. Tú, quizá.

EL TERCERO.—Te equivocas; y te advierto que nos veremos las caras, porque tú estás llamando a una puerta donde me gusta llamar a mí.

LA SEÑORA JUANITA.—Las zalamerías de estos pícaros.

EL SÉTIMO.—A mí no me hagan la propuesta; no entro en esa danza hasta que el cielo se engalane con un ángel nuevo.

LA SEÑORA JUANITA.—Quien oye a este ojos de vaca; no supiera yo cómo eres de enamorado y revoltoso.

EL MENOR.—Siquiera yo estoy muy joven, y el último se queda siempre con la madre.

LA SEÑORA JUANITA.—Nada, que tenéis que casaros todos antes de que yo me muera. Me gustan mucho Clemencia la de Virginia, Luisa la de don Pedro.

EL SEGUNDO.—No sigas, que yo te hago esa cuenta. Ay, señora! Serafina la del Camellón. Me le colgara de la jetica a esa

negra, como un colibrí de una flor por una eternidad.

LA SEÑORA JUANITA.—No piensa sino en porquerías este bribón! Por qué no dices que te gusta por asentada y juiciosa?

EL QUINTO.—Yo me vuelvo agua y sal con Camela la del Alto del Sol. Qué hembra tan frondosa! Se parece a una de las novillonas del Sosiego. Ese modo de andar! Parece una guadua cuando sopla el viento, para acá... para allá... Va pidiendo a gritos un marido, pero un marido como un roble.

EL SEXTO.—Como yo no las busco para carnicería, no le boleó el lazo a hembras tan corpulentas: le voto el sombrero a Dolores, la buñolera, porque esa sí puede uno echársela al cuadril sin mayor esfuerzo; es una indiecita delgada y escurridiza como una culebra. El otro día le eché mano de la cintura, se me zafó como azogue y me dijo plantando lo mismo que una viborita: —Pues no faltaba más! y es que se le ha olvidado que, si quiere de esta agua limpia y delgada, tiene que decirle al cura que le preste el cántaro.

LA SEÑORA JUANITA. — Bien hecho, Caifás!

EL CUARTO.—Es que no conocéis a Olimpia la del Río.

EL SEGUNDO.—Esa no es para carnicería para lo que sirve sino para carreras, porque es larga y delgada como una flecha.

LA SEÑORA JUANITA.—Todos estos pícaros tienen trapo en lejía, pero ninguno quiere estregarlo.

TODOS.—Cierta criatura maravillosa tiene la culpa.

LA SEÑORA JUANITA.—Qué enredos, ni qué maravillas. Vais a casaros todos, pero prontito, porque deseo dejaros así; y aunque vosotros no queréis creerlo, ya el sol de mi vida no tiene cuatro centímetros de cielo dónde moverse. Conque a proponer mañana los que tengáis hecho el lío.

TODOS.—Señora... así de repente?

LA SEÑORA JUANITA.—Es lo último que os pido.

EL MAYOR.—Bien, mañana tendrás aquí por lo menos seis noticiones.

LA SEÑORA JUANITA.—Vamos a ver.

Pero como toda copa suave tiene asiento.

Y todo canto, por feliz que sea, remata con el silencio.

Y cualquier pájaro, con sus plumas y todo, acaba en el suelo, la dicha de los once hermanos plegó las alas a la media noche. Una criada los llamó, y encontraron a la viejecita en su lecho en unas como esponsales

con un ensueño, porque se había quedado mirando al vacío con honda fijeza; la palidez la había vuelto casi incorpórea, su nariz se tornaba diáfana como el alabastro y brillaban sus canas con una luz extraterrestre y fantástica. Sollozando los once hijos trataban de fundir con frases amantes aquella vida que se cristalizaba en nieve eterna. Ya sabes, mi bien, que como yo soy el último, me quedo contigo. Qué importa que estos se casen?

Y besaban con cariñoso temblor las manos expresivas de la viejecita, aquellas manos de donde partían las bendiciones con la natural docilidad de los pájaros que se van de la rama hospitalaria.

Comenzaba a salir la luna detrás de la altura al pie de la cual estaba la casa de los once hermanos; a contraluz se veía la montaña como faraónica pirámide de terciopelo negro sobre una rompiente de luces de ópalo. Se iluminó la tierra, menos la casa de los once hermanos que se quedó, como siempre, entre una amalgama de sombra y luz bordada de chispas vívidas que iban y venían como princesas cargadas de joyas en un minué. La luna subía por detrás de la montaña y la viejecita se moría tenuemente—recatado aroma que se amplía en el

aire. Como si la luna hubiera logrado al fin prenderse de la cima de la montaña con blanda mano fulgente, apareció allá arriba un brochazo de luz cándida, se iluminó la hacienda de los once hermanos, y expiró la viejecita en un místico sosiego.

Esto dice el grupo de beldades campesinas que avanzan por el camino real mirando a la casa de campo de los once hermanos:

CAMILA.—Era un encanto la señora Juanita; con razón sus hijos no habían pensado en casarse; lástima que ellos no sean tan encantadores como su madre.

INÉS.—Ah, sí, adorable viejecita; yo por mi parte, la quería muchísimo. En cuanto a sus hijos, lástima que no me guste ninguno.

SALOMÉ.—Lo que me pasa a mí! no me parecen de codicia. La que sí era deliciosa era la viejecita madre.

ROSA.—Pero bien, ¿cómo son los once hermanos? yo casi no los conozco.

ELISA.—Y yo menos; nunca me he fijado en ellos.

MERCEDES.—Con seguridad, ahora van a decir que estamos locas por ellos.

CELIA.—Con lo pretenciosos que son los hombres.

LEONOR.—Y qué gracia tienen los once hermanos? Vamos a ver. Es que les dedicáis tanto tiempo...

TODAS.—Nó, ninguna especial; son como todo el mundo.

Sentados en un corredor por la noche completamente solos, los once hermanos pensaban y pensaban.—Yo he leído en alguna parte, dijo el amigo de los versos, que las noches blancas como ésta son un piélagos de almas cariñosas que vuelven como pájaros amantes a cantar sobre la jaula vacía, y que las noches oscuras son un turbión errante de espíritus atormentados. Será verdad? Porque entonces la amada viejecita hace parte de esta noche y de esta luz. Estará en un rayo de luna, en una nota del viento o en el perfume de los miosotis que ella misma sembró? Por más señas, termina el poema diciendo: «Oh, la religiosa ternura de las noches pálidas.»

Samuel Velásquez¹

De *El Nuevo Tiempo Literario*, Bogotá.

¹ De Colombia; cuentista celebrado.

EL VEGETARISMO Y SU TRASCENDENCIA

(Envío del Autor)

QUIEN leyere la actual bibliografía en que se trata del vegetarianismo, de fijo que tortura el pensamiento con la idea de que sus prácticas alimenticias son criminosas y peligrosas a un tiempo, ya que no es muy aceptable el calificativo que los «hombres del jardín» ofrecen ahora a los comilonas de carne: ya no se satisfacen con llamarlos «omnívoros», como se dice al hablar de ciertas especies animales, sino que se los distingue, según el atlético vegetariana ¹ Raymond Meunier, con el asqueroso apelativo de «necrófagos», que también corresponde a ciertos dentirrostrós como el cuervo.

¹ El autor usa el vocablo «vegetarista» y no «vegetariano» que es palabra francesa. La primera acaso no exista en castellano; pero preferible es crearla y no exigir a lengua extraña un término cuya belleza deja mucho que desear. —N. del A.

Acaso ese vocablo feo y bastante repugnante, pertenezca al Oriente, al ascetismo inspirado en la fe del dios Brahma; o quizá provenga del filósofo Porfirio, quien refiere de un sacerdote, que habiéndose alimentado de carne, fue, por mandato de Pigma ión, arrojado desde lo alto de un peñasco. O tal vez algún cristiano de la edad media, San Jerónimo o San Clemente, al comentar al apóstol Mateo, creyó bueno llamar necrófagos a los hombres carnívoros; pudo suceder en fin, que fuese Eliseo Reclus o León Tolstoi: se sabe que este último gustaba de comentar con ardor la moral de los vegetarianos, «sobrios y socráticos», según se lee en el libro de los *Placeres crueles*. Pero lo probable es que el negro vocablo no arranque de tiempos pasados, sino que sea obra de nuestra edad, feliz exageración de alguien en cuyo aparato digestivo la carne se tornó más venenosa que de costumbre. Esto acontece a menudo: en nuestros días la gula acrecienta su dominio, por lo cual no serían tan excepcionales los casos de hombres que habiéndose alimentado de carne, se hayan convencido, merced a los humanitarios aspavientos de la medicina, de que mejor se está sin aquella, de que la vida espiritual se

hace más amable, y el cuerpo mismo disminuye sus numerosas fuentes de dolor cuando después de haber sido necrófago, tal o cual omnívoro se alimenta exclusivamente de frutas y otras sustancias vegetales. Esta evolución, beneficiosa desde el punto de vista de la psicología y del funcionamiento de todos los órganos, es un estudio que se persigue con entusiasmo en los laboratorios de bioquímica y de psicología práctica.

Y no es moderna la idea de suprimir la carne de la alimentación humana. Ya Cuvier había asegurado que «el hombre parece formado para nutrirse especialmente de frutas, de raíces y de otras partes succulentas de los vegetales». Y es que, como dice Èrn Nyssens en su famosa *Reforma alimenticia*, parecería que «la fórmula dentaria del hombre no correspondiese a la de los carnívoros ni a la de los hervíboros; separaríase claramente de la de los animales que se nutren de carne y de vegetales a la vez: los dientes en el hombre corresponderían en todos sus puntos a los del chimpancé, cuya alimentación consiste en frutas, cereales y hojas»... He allí otra vía muy expedita para la especulación filogenética de la biología; sólo que hay muy poco que añadir

a la parentela entre el hombre y los antropoides, por más que admitamos esta relación bromatológica: por el contrario, nos resulta el hombre colocado muy por debajo de los simios superiores, dado que aquél se envenena con una alimentación defectuosa, en tanto que los monos, aunque no demuestran mayor claridad intelectual, no sufrirían de aquella intoxicación que tiene por fuente el mayor grado de putrefacción en el intestino humano. Esta elaboración de venenos con los alimentos mal elaborados, es indiscutible, y es, justamente, lo que ahora da toda la fuerza que como halagadora teoría de higiene general tiene actualmente el vegetarianismo. Su base fundamental, según la «Sociedad vegetariana de Francia», está definida en estos términos: La exclusión de todo alimento que provenga de una vida de actividad animal, como los mamíferos, los peces y las aves, autorizándose en cambio ciertos productos como los huevos, la leche, la mantequilla, la miel y todos los frutos comibles. Podría creerse que domina en estos principios de la Sociedad francesa la tendencia orientalista de no comer carne y sí ciertos productos animales. Acaso sea esa la tendencia; pero grato es confesar que fué

excelente la prohibición en determinadas sectas religiosas, pues ciertamente, entre la leche y una carne cualquiera, entre un pedazo de pescado y una preparación de miel, hay grandes diferencias desde el punto de vista de la bioquímica de tales productos a nivel del intestino. Basta, para que se aprecie toda la verdad de esta funesta elaboración de toxinas cuando la alimentación es cárnea, recordar frases muy juiciosas de Raymond Meunier: «El vegetarianismo—dice,—se funda sobre serias cuestiones químico-fisiológicas; sobre todo en la cuestión de las toxinas intestinales, cuya maldad aumenta con el uso y abuso de la carne; porque en efecto, se sabe que las células animales mueren mucho más ligero que las células vegetales; que el intestino es una cavidad natural, donde se elaboran mil venenos tales como la bilis, las peptonas, las múltiples fermentaciones y alcaloides que son capaces de intoxicarnos».

Esa auto-intoxicación de que habla el mayor número de fisio-patologistas, fue uno de los motivos que más me excitara a escribir mi breve volumen *El Problema de la Digestión*. En sus páginas he dicho, porque lo dicen casi todos los representantes

de la ciencia, que «siempre se encuentra, estudiando los fenómenos de la auto-intoxicación intestinal, el predominio de los fenómenos nerviosos; siempre la peor herida la recibe en sus funciones la noble célula encefálica, cuando el hígado se satura de venenos que lo destruyen al fin, o se reparten a todo el organismo que sucumbe lentamente, bajo el dominio biológico de la flora intestinal, hecha fecunda por medio de especies sabrosas y delicadas».

Ahora bien, los hombres carnívoros se preguntarán:—Si la carne intoxica nuestro organismo porque los venenos que se originan de su putrefacción fatigan el hígado y los riñones, como será posible sustituirla, cuando nada, fuera de ella misma, podrá tener su composición y por consiguiente sus virtudes?—Virtudes para acelerar la vejez, dirá Metchnikoff y todos los vegetarianos modernos; virtudes para esclerosar prematuramente los tejidos del hígado, de los riñones y las arterias Y en verdad, la auto-intoxicación por putrefacción alimenticia, no se discute más en la ciencia, como no se discute tampoco el que los vegetarianos sufren de fermentaciones que les acarrearán muy pocos productos venenosos.

Eso cuanto a la diferencia entre las sustancias animales y los productos de origen vegetal que todo el mundo podrá poner de manifiesto observando a un tiempo un pedazo de carne corrompida y un fruto en fermentación. Quanto a virtudes incomparables de la carne, como diría el carnívoro, es decir: cuanto a la equivalencia alimenticia, la química y la fisiología han demostrado que sí se puede obtener con una alimentación vegetal el mismo número de calorías que se obtienen con la carne, pues la generalidad de la gente se equivoca al suponer que cuando se hable de vegetales, la bromatología se refiere casi siempre a sustancias azucaradas. Nó; los trabajos de Rubner demuestran que si un gramo de carne seca y desgrasada representa un calor de combustión de 4,23 calorías, en cambio las albúminas vegetales, que tienen una composición centesimal sensiblemente igual a la de la fibrina y la sintonina, encierran un calor de combustión de 3,96 calorías. Si un grano de albúmina desprende al quemarse 4 calorías, también un gramo de hidratos de carbono tiene el mismo valor de combustión. Pero acaso se diga que la composición de nuestro organismo no es sólo de grasa e

hidratos de carbono, verdad esta que pertenece al orden experimental; pero también la ciencia ha dicho que el ázoe del metabolismo nutritivo puede obtenerse de numerosas sustancias vegetales, sin que para ella tengamos necesidad de ocurrir a las albúminas animales. Si la carne de carnero representa 18 por ciento de materias azoadas y 4,90 de hidratos de carbono, el trigo contiene 15 por ciento de las primeras y 47 de los segundos;—si la carne de porcino representa 9,80 por ciento de sustancias azoadas y 48,90 de hidratos de carbono, la harina de maíz contiene 11 por ciento de cuerpos azoadas y 8 de productos hidracarbonados;—la carne de bovino tiene 19 por ciento de materia azoadada, pero en cambio las lentejas representan 25 por ciento. Cuanto al ácido fosfórico, es más abundante en los alimentos de naturaleza vegetal, lo mismo que el óxido de hierro.

De acuerdo con estos breves datos y muchos más que fatigarían al lector, fácilmente se puede concebir un *menu* completo, en el cual estén el ázoe, el carbono y el fósforo en las proporciones que exige el metabolismo orgánico. La idea de que nuestra alimentación debe ser fuertemente azoadada es

un viejo dogma desgraciado que legara a la ciencia el fisiologista alemán Vogt. Sus conclusiones carecen de método y de discreción experimental, pues aquellas se refieren a una incompleta observación en un perro primero y en el sirviente del laboratorio de Vogt más tarde. En cambio, las investigaciones más recientes permiten asegurar con Raymond Meunier que, "cualesquiera que sean los gastos musculares del organismo, una cantidad de albúmina de 30 á 40 gramos por día, es suficiente para asegurar la buena economía de la asimilación y desasimilación." Esta cantidad de albúmina de que habla Meunier, se puede obtener de las legumbres verdes, los farináceos por el gluten que contienen, las frutas en general, y ciertos productos de origen animal: la leche, el huevo y los quesos. Sin embargo, el profesor Lambling reclama, según las investigaciones de Lopicque, un gramo de albúmina para cada kilogramo de peso. Esta albúmina, que acaso no podría obtenerse con un régimen vegetal exclusivo sin acarrear la fatiga gástrica y la distensión del intestino, podría adquirirse con las combinaciones propuestas por los bromatologistas y vegetarianistas a un tiempo: a las frutas frescas de

la mañana, añádase la leche, los quesos, los huevos y todas sus combinaciones en las comidas del mediodía y de la tarde. Prefiéranse las confituras en el desayuno, las infusiones calientes en el almuerzo y las legumbres en la tarde.

He aquí un semanario alimenticio de un célebre cocinero que ha tenido la galantería de regalarlo a Raymond Meunier: El *menu* del lunes consistirá en legumbres verdes, papas y pudingos; en la tarde: huevos, ensaladas y frutas. Almuerzo del martes: leguminosas, ensaladas y compota; por la tarde: papas cocidas al agua y sal, frutas. El almuerzo del miércoles consistirá en uvas, papas, pudingos y compota; en la tarde: tortillas o huevos tibios, legumbres verdes, ensaladas y frutas. Como almuerzo del jueves: arroz y compota; en la comida: queso a la crema, papas y frutas. El viernes se almorzará un poco de arroz, papas y pudingos; en la tarde sopa espesa, ensalada y frutas. El sábado se tomará leguminosas, ensalada y compota en el almuerzo; en la tarde se preferirá huevos hervidos, puré de papas y frutas. En fin, el domingo se tomará arroz, castañas, uvas y otras frutas como

almuerzo; en la tarde: cacao, frutas y preparaciones de leche.

Acaso este semanario de mesa resulte muy poco en armonía con las exigencias del gusto; quizá sea defectuoso por la escasez de variedades; probablemente fueran mejor soportados los *menus* que ofrece en su libro acerca de *Las armonías digestivas de la alimentación natural*, el doctor Monteuuis. Sin embargo, a pesar de que este médico lleva como escudo de su propaganda el célebre pensamiento «La naturaleza es un laboratorio inimitable», de Durand-Fardel; a pesar de eso y de asegurar que «la medicina más potente contra la intoxicación y la sobre-excitación es el uso habitual de frutas y legumbres»; a pesar de todo eso, la enseñanza del doctor Monteuuis acaso no esté del todo en armonía con las exigencias del aparato digestivo, pues aunque asigna a las frutas y otras sustancias vegetales especial papel en la alimentación, él cree necesario el «carnivorismo mitigado» durante el almuerzo, si bien, según el mismo Monteuuis, la indicación de comenzar el almuerzo tomando un poco de carne, está muy restringida. Pero la frase «carnivorismo mitigado» no agrada a los vegetarianos

que justamente lo que desean es expulsar la carne de la alimentación humana, porque usarla es peligroso y dejar de usarla es bastante fácil, pues sabemos que en general, las leguminosas son alimentos más ricos en albúmina que la carne: «aquellas constituyen un alimento muy sustancial del cual es necesario tomar buena cuenta para la composición de los menus.» Y es peligrosa la carne porque parece que el jugo intestinal no tiene la suficiente potencia bioquímica para trasformarla en productos cristalinos solamente, como debe suceder en una digestión ideal, sino que en el proceso de la desintegración influyen numerosas especies microbianas para corromper las albúminas animales y originar sustancias que se absorben, e intoxican el organismo. Y es que la carne, como dice Paul Carton, «es un alimento antifisiológico, un veneno celular violento.» El examen de la fisiología digestiva, asegura Carton, corrobora lo que establece la anatomía. La carne es un excitante de la digestión gástrica pura; ella engendra una brusca sacudida de estímulo que tiene el defecto de ser una irritación fisiológica. La euforia que ella procura además de su anormalidad, es pasa-

jera y necesita, para ser entretenida, la repetición de comidas cárneas o de alcohol. — Al instante de pasar al intestino, ella pierde todo valor de excitación para originar fermentaciones pútridas que intoxican la economía. Nuestras células digestivas no están construidas como para elaborar la carne; ellas no tienen como las de los animales carnívoros, el poder de transformar el ázoe en amoniaco a fin de neutralizar los ácidos producidos por la digestión de la carne. La alimentación cárnea realiza pues una violación de las leyes fisiológicas de nuestras vísceras digestivas.»

Estas frases muy justas de Paul Carton, están inspiradas en la crítica que el mismo propagandista hace a quienes invocan razones químicas para explicar la costumbre viciosa de usar carnes: si es cierto que estas contienen ázoe, eso acaso no sea suficiente para clasificarlas como alimentos, dado que ellas contienen menos nitrógeno que ciertas leguminosas. Además, «ese ázoe de los tejidos animales es un alimento de segundas manos: él presenta moléculas gastadas o usadas, pues que han servido al intermediario animal que las tomara del vegetal, y este sólo es quien se carga de la energía

del sol que vitaliza sus células mediante la función clorofiliana».

«Cuanto a decir que la albúmina animal es preferible a la vegetal porque el análisis químico de la excreta mostraría una más completa absorción de la primera, es deducir una conclusión demasiado prematura de una comprobación secundaria y teórica, desde luego que importa más considerar el grado de toxicidad de un alimento que su facilidad de absorción».

Estas ideas podrían merecer el reproche de ser atrevidas y exaltadas, si no fuera esa una virtud cuando se trata del porvenir de los hombres; pero lo que sí tiene todo el peso de un principio incommovible es esa última frase suya de que si es cierto que los productos de la alimentación cárnea son de fácil absorción, en cambio son de extrema toxicidad. Y es esto, en justicia, lo que afirma todo el valor que como doctrina tiene en higiene el vegetarianismo; son sus virtudes de alimentos inocuos las que recomiendan como las mejores a las preparaciones vegetales.

Dejad que fermente un fruto que días antes tuvierais apetitoso ante vuestros ojos, y dejad al mismo tiempo que se corrompa

un pedazo de carne que horas antes deleitase vuestras feroces narices, como dijo un vegetarianista... Dejad que esa intensa vida de los microorganismos se reproduzca en las dos sustancias, y comparad después el resultado de los dos procesos biológicos en el fruto y en la carne: ¡vuestras narices, que acaso sea lo más intelectual que llevais en el rostro, rechazarán, de fijo, los olores tremendos que chocan en su mucosa!... Pero no serán los olores desprendidos de la fruta los que más choquen en sus ventanas excelentes, pues más abundará en esa fermentación vegetal cierto olor vinoso mezclado a esencias no del todo desagradables: lo que habrá de enojarlas es ese otro penetrante olor, el de la carne podrida; lo que pondrá el mal humor en su punta y las náuseas en vuestro estómago, será esa mezcla penetrante de olores amoniacales, indólicos y sulfurosos desprendidos del músculo que se pudre... Y eso cuanto a los gases desprendidos, que cuanto a la sustancia que los origina, es aun más grave su acción para el organismo, pues no se trata ya de un gas que en mínimas proporciones podría provocar vuestro disgusto nasal: la química ha investigado en la carne podrida

cuáles son las sustancias que se originan en el proceso, y se ha encontrado que casi todas son venenosas porque el mayor número de ellas acarrear en mínimas dosis una intoxicación crónica que se manifiesta por la vejez prematura de las arterias, por la esclerosis hepática, la insuficiencia renal, la fatiga precoz del músculo cardíaco, y sobre todo, por la ancianidad ridícula de la fisiología cerebral, que de severa y sabia, pongo por caso, se torna en vida intelectual de niños, risible e inconciente.

Esa autointoxicación sería indiscutible para el mayor número de investigadores, desde el momento que Armand Gauthier, en 1873, demostró que en la putrefacción de las sustancias albumínicas se produce, merced a la acción anaerobia de ciertas especies microbianas, un determinado número de alcaloides que aquél denominó «ptomainas». Eso cuanto a estas bases tóxicas descubiertas por Gauthier, que cuanto a la acción misma de la materia fecal, ya son bastante conocidos los experimentos de Roger, Bouchard y Falloise que se refieren a la inyección de extractos acuosos de sustancias contenidas en el ciego. Con razón que haya dicho el maestro Bouchard que el

intestino es verdaderamente un laboratorio de venenos: en él hay factores que bien estudiados, tal vez justifiquen ampliamente la frase de Bouchard: esos factores son la carne y el microbio.

Sin contar las múltiples especies aerobias, en la cavidad intestinal han sido clasificados muchos tipos de microorganismos anaerobios: tres variedades de Amilobacter, los Bacilos de Tissier, los Bacilos de Veillon, el Fusiformis, el Putrificus de Passini, el Botulinis de Ermenghen y el Radiiformis... La lista de espirilos, bacilos y micrococos aerobios, tal vez sea innumerable. Unos microbios son cromógenos, otros producen esporas, otros acidifican la leche, y el gran número la alcalinizan porque son agentes de la putrefacción...

He allí la lista incompleta y aproximada de los agentes que habrán de corromper el proceso bioquímico de la digestión intestinal. La carne que ha sido trasformada, macerada y vuelta quimo a nivel de la mucosa cloridro-pépsica, caerá bajo el dominio de la quinasa intestinal, de los fermentos proteolíticos, de las diastasas microbianas que prolongan la acción fisiológica de los fermentos digestivos, de las enzimas en

fin, que desdoblan las peptonas en aquellas bases tóxicas de que habla Gauthier. Y no hacemos cuenta de las propias toxinas microbianas, cuya acción debe de ser la más venenosa, y cuyo estudio, desgraciadamente, es bastante incompleto a la hora actual.

No sería difícil concluir, presentado el problema de la autointoxicación tal como lo he ofrecido, que la acción de la carne es funesta y es de trascendencia patológica para nuestros tejidos. Sin embargo, no todo es lúcido en medicina, y así como contamos con la producción de toxinas por los microbios anaerobios especialmente, tampoco podemos negar el efecto que sobre estos tiene la mucosa intestinal y el poder de neutralización que sobre sus secreciones tiene la glándula hepática, a la cual Gilbert y Weill acaban de asignar otra función de defensa: la función indopéxica.

Sería muy justo pensar en que lo científico debe de ser proporcionar al hígado el menor número de venenos; sería muy lógico suponer que la disminución de la carne tendrá como consecuencia inmediata la disminución de los productos tóxicos... Yo lo creo a pesar de que el profesor Lambling afirme que las albúminas vegetales sumi-

nistran los mismos productos que se originan en la digestión de las albúminas animales. Así parece acontecer, pero siempre será menor la fuente tóxica en el vegetariano, si se piensa en que será mínima la ración de albúmina vegetal ingerida si se la compara a la cantidad que usa en su alimentación el hombre francamente carnívoro. Además, existe otra razón de orden abstracto, pero que quizá sea de gran fuerza en el alma ingenua o cándida de los espiritualistas: en la carne, en su estructura íntima, quizá en el propio sarcolema, habría además de la fina morfología de las fibrillas, algo insólito, imponderable e indefinido, que siendo fuerza sería el mismo instinto de las bestias cuya carne se ingiere. Hermosa concepción esta de la conquista de costumbres irracionales a causa de la alimentación animal! La carne conservaría en su composición, en su estructura, en el protoplasma de las fibras, una mala virtud trasmisible: el alma del buey, los instintos bravíos de ciertos peces y la fuerza genital de los cabríos habitarían en el alma de los hombres carnívoros. El carácter de éstos se tornaría en gesto irascible, en maneras de estúpido o en satiriasis insa-

ciable. La vida mental de los hombres que aman la carne como alimento, no retrogradará completamente a la condición bestial, pero se hará mecánica, ambiciosa e incipiente. De aquí que sea característico el estrecho horizonte cerebral de los deportistas, que en general usan abundantemente el «bifteck». Este sería el excitante de los boxeadores; pero sobre todo, cuando está sangrando, parece que fuera el más exquisito aperitivo estomacal de los que hilan en la imaginación ideas de asechanza y de crimen. Justamente, la «banda trágica», cuyos directores serán decapitados próximamente en Versailles, está constituida por viciosos carnívoros, los cuales han sido interrogados por un filósofo y profesor de la Universidad de Montpellier: todos confiesan que gustan del «bifteck» que destile sangre casi viva como la de una víctima reciente... Es una forma de sadismo alimenticio!...

Diego Carbonell ¹

París, marzo de 1913.

¹ De Venezuela. Médico y escritor. Obras suyas: *Por los senderos de la biología*, *Crónicas y siluetas y otras*.

CANTO A LA AMÉRICA LATINA

A los heraldos de la Unión Latino-Americana
MANUEL UGARTE y J. IGNACIO GÁLVEZ.

Nadie sabe todavía
cuándo, desde la profunda mar bravía
que azotaba el huracán,
tus gigantes cordilleras
asomaron sus cabezas altaneras,
coronadas con penachos de volcán.

Ni de dónde a tus orillas arribaron
las extrañas,
fuertes razas que poblaron tus montañas,
y tus valles y tu mar.
Sólo sí que se extendieron como enjambres vigo-
rosos
y cubrieron con sus tribus, sus imperios poderosos,
sus innúmeros guerreros,
del lejano septentrión a los postreros
arrecifes en que llora el mar austral.

Junto a un lago
que brindábale el halago
de su linfa rumorosa,
en la tierra del ceniztle y del quetzal,

se expandía,
formidable y belicosa,
la temida monarquía
que fundó Quetzalcoal.

Con sus sólidas falanges de guerreros,
sus caciques altaneros,
con su corte de pintores y poetas,
imperaba en las mesetas
y en el valle de Anahuac;
y llegaba,
sin reparo, el albedrío
de su inmenso poderío
de Tezcuco al Orizaba,
desde el golfo al otro mar.

Con sus coyas, sus vestales,
sus palacios y sus templos colosales,
su gobierno patriarcal,
el imperio de los Incas se extendía
por la América y cubría
a los pueblos con su púrpura real.

En las faldas de los Andes orientales,
donde hay lagos suspendidos,
como espejos, en los cuales
se contemplan los erguidos
soberanos de las cumbres, habitaba el aimará.
Una raza de gigantes
que ha dejado huellas hondas de sus pasos
en los ásperos ribazos,
en las islas de sus lagos ondulantes,
en la cima del volcán.

Si, entregados a las guerras,
los feroces y salvajes guaraníes
dominaban en las tierras
del Brasil y el Paraguay,
los valientes e industriosos cachalquíes
dedicados a pacíficos trabajos,
habitaban las montañas y los bajos
de la sierra cordobesa al Tucumán.

Y los indios de las pampas vigorosos y arro-
gantes,
de ágil cuerpo, compartían con el índico jaguar
el dominio de sus sábanas gigantes,
por el sol y por el viento acariciadas,
que aun palpitan en oleadas
de verdura como un mar.

Y detrás de las ingentes
cordilleras, orgulloso, soberano,
defendido por las lanzas de sus úlmenes valientes,
levantábase el gran pueblo araucano,
siempre listo a combatir
por las sierras escarpadas
y las lóbregas quebradas
de su indómito país.

II

Al través de los incógnitos oceános,
unos seres sobrehumanos
con una ansia inextinguible de tesoros y aventuras,
arribaron de las tierras desde donde viene el sol;

y, escribiendo con su sangre cien homéricas hazañas,
escalaron las montañas
y asolaron las llanuras,
como oleadas de una enorme inundación.

Y cayeron, uno a uno, los imperios seculares,
y se hundieron en los lagos, y en los mares
y en las selvas, donde nadie penetró,
los despojos de las tribus primitivas
que, diezmadas, pero indómitas y altivas
resistieron al empuje del turbión.

Y entre rancos aullidos,
estampidos
de mosquetes,
raudas cargas de jinetes
y disparos de cañón,
escuchóse la agonía
de una raza que moría
de otra raza ante el asalto abrumador.

Y se irguieron bravamente los primeros
los aztecas, los guerreros
que escribieron la epopeya mejicana,
que es hermana
del poema de Lautaro y Tucapel,
pelearon frente a frente con sus lanzas y sus mazas
sin temor a las corazas
a los rayos de las armas ni al empuje del corcel.

Fueron ellos los soberbios mejicanos
que, encerrados a la postre por los hierros caste-
llanos,

por la peste, por el hambre, la miseria y la crueldad,
no queriendo convertirse de señores en esclavos,
prefirieron enterrarse como bravos
en las ruinas de su gran Tenuchtitlán.

Y cruzando por las olas
nunca hendidas del remoto mar del sur,
las osadas compañías españolas,
realizando la quimera de su empresa,
como leones que aprovechan el descuido de su
presa,
sorprendieron a los incas del Perú.

Y arrollaron los Pizarros a los quichuas indolentes,
a los súbditos pacientes
de este imperio conventual,
con la voz de sus cañones
y los cascos de sus rápidos bridones,
como a un tímido rebaño montaraz.

De las márgenes del Plata
a las pampas infinitas como el mar,
pronto el reino de Castilla se dilata
sin atajo, cual el raudo viento austral.
Y la tribu que corría libremente por sus llanos
ve, a pesar de sus esfuerzos sobrehumanos,
invadido y pisoteado su pastal.

Pero un día se estrellaron los ejércitos hispanos
con los rudos
capitanes araucanos,

de los pechos indefensos y desnudos
que, rodeados por sus bárbaras indiadas,
sus montañas nunca holladas
se aprestaban a librar.

Y rodaron los jinetes castellanos
al empuje de sus lanzas y sus hachas,
como caen, resonantes,
derribados por las rachas
en el alto Nahuelbuta, los gigantes
del pinar.

Y ya nadie puso diques
a los índicos arranques. Los caciques
y guerreros más audaces protegieron sus figuras
con las férreas y brillantes armaduras
que quitaron en los campos de batalla al español,
se habituaron al tronar de los cañones
y montaron los fantásticos bridones
sin recelo ni temor.

Cuántas veces contemplaron los iberos
cómo iban los indios caballeros
con las riendas en los dientes, en furioso galopar,
lanza en ristre y embrazando los broqueles,
inclinados sobre el cuello de sus rápidos corceles,
los escudos de sus viejos enemigos a golpear!

Fue cesando lentamente
en las selvas y en los llanos la pelea,
y el hispánico poder el continente,
cual la bíblica marea,
desde Méjico al estrecho sepultó;
mas quedaron en los límites australes

del Arauco legendario los caciques inmortales,
invencibles bajo el sol,
como quedan en los mares,
a pesar de las crecientes,
los peñascos seculares
que levantan hacia el cielo su erizado pedernal,
vencedor de las rugientes
marejadas que subleva el temporal.

III

Y los siglos pasaron,
y del cruce fecundo
de las dos bravas razas que pelearon
el dominio de un mundo,
brotó una raza nueva,
robusta y aguerrida,
fuerte como los pumas y jaguares
que pueblan la temida
fronda de tus montañas seculares.

Una raza altanera que tenía
la noble bizarría
de un quijotesco hidalgo castellano,
del gaucho la serena poesía,
la bravura del indio mejicano,
y el sublime heroísmo
de un cacique araucano.

En brazos de tus hijos
oh! América, dormías perezosa,
reclinada en las faldas
de tus montes bravíos

o en el verde alfombrado de tus llanos,
oyendo la corriente sonora
de tus gigantes ríos
o el rudo canto de tus dos océanos.

Mas un día, a la luz de una alborada,
escuchaste vibrar la clarinada
que lanzaron las águilas francesas
cuando, poblando el aire de rumores
de libertad y guerra,
volaron anunciando por la tierra
el fin de los tiranos y opresores.

Te erguiste lentamente
con el suave vaivén de la marea,
que en el principio toca
apenas con su espuma dulcemente
el dorso de la roca,
y que, luego, más firme y animada,
hacia el asalto viene
con el apoyo de otra nueva oleada
que la anima, la impulsa y la sostiene.

Y cuando terminó la incertidumbre
y se oyó por doquier la voz vibrante
que mostró de la hispana servidumbre
roto por siempre el manto,
e hizo resonar por vez primera,
desde el llano a la cumbre,
el nombre de la patria sacrosanto,
se lanzaron tus hijos a la lucha,
al viento la melena alborotada,
cual sale de la hirviente marejada

revuelta por los raudos aquilones
la aulladora jauría,
a tomarse los altos murallones
de la costa bravía.

Y los héroes brotaron
de toda la amplitud del horizonte
con la misma bravura
con que antes levantaron
sus testas orgullosas, en el monte,
el valle y la llanura,
los caciques del suelo americano,
al sentir resonar en sus montañas
el rudo casco del corcel hispano.

No oís como bramidos de huracanes,
como una ave gigante que aletea?
Bostezos de volcanes,
rumores de pelea,
voces de imprecación, salves y honsannas,
y junto al són de bélicos clarines,
el himno de las místicas campanas?
Es que envuelto en los cálidos vapores
de la sangre y la gloria,
sube, desde la puebla de Dolores,
despertando los valles y las sierras,
la gran figura del patriarca Hidalgo
a redimir las mejicanas tierras.

Al frente de sus bravos inmortales,
el gran Bolívar llena
la amplitud de las zonas tropicales
con la heroica leyenda que derrama

los ecos de su gloria y de su fama;
y, vencedor en la sangrienta arena,
tremolando el patriótico oriflama,
de Quito al mar Caribe
y desde el Orinoco al Magdalena,
la libertad de América proclama.

A los pies de la andina cordillera,
álzase el grande O'Higgins. Su bravura
sobre los campos de batalla deja
atrás a los más ínclitos campeones
y de Rancagua en la sangrienta plaza
cierra el poema de la Patria Vieja
con la carga inmortal de sus bridones.

Entretanto que el ínclito Belgrano,
vencedor o vencido,
aun lucha contra el fiero castellano,
midiendo desde el llano
la insalvable barrera
que le opone el riscal de la montaña,
San Martín silencioso
su grande hora espera,
como el tigre nervioso
aguarda por la tarde en los herbajes
de la pampa callada
el rítmico trotar de la manada
de los potros salvajes.

El noble O'Higgins llega
y junta sus deshechos batallones
a las nuevas legiones
que San Martín sacara

de sus llanos desiertos y sus breñas,
como Moisés, en otros tiempos, hizo
borbotar a los golpes de su vara
cristalinas corrientes de las peñas.

Y ávidos de cumplir la grande hazaña
de libertar un mundo, el alto monte
traspasaron chilenos y argentinos,
y fueron sobre el escuadrón de España
como bandas de cóndores andinos
que caen sobre un león en la montaña.

Salvaron los abismos y las cimas
con sus alas de vuelos soberanos
y, bajando a los valles de Aconcagua,
como alud gigantesco, en Chacabuco
vengaron reunidos los hermanos
la sangre clamadora de Rancagua.

Y la bandera de la blanca estrella,
símbolo del poder de un pueblo nuevo
cruzó los mares y, a la sombra de ella
los guerreros de Arauco y de la pampa
derribaron del trono a los virreyes.

Y desde las riberas
donde cantan los mares antillanos,
remontando salvajes cordilleras,
mortíferos pantanos,
abatiendo a su paso las banderas
y los escudos y las armas reales,
una legión de bravos colombianos
de raza ciclopea

vino, con sus guerreros formidables.
sus cargas de corceles y sus sables,
a decidir la homérica pelea.

Y al pie del Chimborazo
que con su blanca frente
domina la mitad del continente,
sellaron juntos en fraterno abrazo
la redención del suelo americano
los dos héroes más grandes:
Bolívar, el titán venezolano,
y San Martín, centauro de los Andes.

IV

Salve, América, están libres los senderos
que te abrieron tus guerreros
con los filos de sus sables
a los toques sonoros del clarín!
Quién contiene tus avances formidables
hoy que pasas
con tu séquito de pueblos y de razas
a cumplir tu noble fin?

Salve, América, se acerca ya la aurora
cuya lumbre bienhechora
va anunciando por montañas y por llanos,
de las sierras hasta el mar,
el sol nuevo de justicia, sol de hermanos,
que, al calor de sus miradas, sin envidias ni recelos
bajo el dombo gigantesco de los cielos,
de la América latina las naciones unirá.

Y tus hijos arrogantes y briosos
con el alma estremecida por anhelos generosos,
hermanados por la épica memoria
de los héroes que esculpieron la leyenda de tu
gloria,
juntaránse bajo un mismo pabellón;
y del Golfo Mejicano a los canales
donde se alzan los enjambres de archipiélagos
australes,
formarán con sus cien pueblos una sola y gran
nación.

Y así juntos alzaremos una valla
semejante a una granítica muralla,
donde vengan, impotentes,
a estrellarse las corrientes
desbordadas
de las razas antagónicas y extrañas que, en oleadas
espumantes, de los viejos continentes llegarán,
un gigante acantilado, cuyas cimas vencedoras
pongan diques a las bandas invasoras
de las águilas del norte, que, de lo alto de sus
montes,
escudriñan codiciosas los ignotos horizontes
donde brilla la serena cruz austral.

Envainadas
las espadas
al compás de los martillos y al sonar de las azadas,
mientras se oiga de los trenes el jadeante galopar,
nuestros hijos alzarán en el futuro
los acentos de su cántico más puro
a vosotros, los perínclitos latinos,

que llevasteis estos pueblos hacia altísimos destinos
y supisteis de esta raza la grande alma modelar.

A tí, oh! Galia, redentora
de las razas oprimidas,
que marcaste en nuestras vidas
la grande hora
que anunciaba la soñada libertad,
y que alzaste allá en las cumbres tus ideas
fulgurantes, como teas
que guiaron en las sombras a esta nueva humanidad.

A tí oh! patria de los Médicis y el Dante,
de Leonardo y Rafael,
que al palenque de las artes nuestra mente vacilante
has llevado con tu mágica paleta y tu cincel.

Y a tí, España, madre amante,
que, en tu raza valerosa y arrogante,
nos legaste tu hidalguía, tus hazañas y tu ideal,
y, engastado, como perla, sobre el oro valioso
de tu idioma sonoro,
el Quijote, que es el símbolo de tu alma noble y leal.

Samuel A. Lillo ¹

¹ De Chile. Principales obras suyas: *Poesías* (1900). *Canciones de Arauco* (1908). *Chile heroico* (1911).

DERROTOS PEDAGÓGICOS ¹

... **N**UESTRAS democracias necesitan de abundantes escuelas elementales y de escuelas técnicas: ellas enseñan el ideal cívico y vencen la antigua barbarie. Tal fué el propósito de Sarmiento y de Benito Juárez al fundarlas. A ejemplo de Estados Unidos, ambicionaban formar al ciudadano, civilizar a la muchedumbre. Una multitud analfabeta, agitada por un viento de discordia, amenaza a las ciudades cultas y a las repúblicas que se organizan. Crece aquí el aluvión extranjero, allí la prole mestiza, y urge nacionalizar por la cultura a la abigarrada multitud. Pero no olvidemos tampoco la función esencial de universidades y colegios. Debemos a los doctores las mejores direcciones de nuestra evolución social. Sin ellos, el rudo caudillo hubiera sido tan sólo una fuerza asoladora. Primero, el universitario colonial, lector de la Enciclopedia, prepara la independencia; después el doc-

¹ De LA NACIÓN de Buenos Aires. Artículo *El conflicto de dos pedagogías*.

tor escolástico forma el cuadro legal en las sociedades revolucionarias. Legisla, discute, silogiza. Le temen o le odian los generales, lo mismo el argentino Quiroga que el venezolano Páez. Por él se perpetúa el orden colonial y crece en el marco antiguo la nación renovada.

Las universidades fueron siempre institutos civilizadores. Les corresponde hoy levantar sobre nuestras turbas igualitarias la aristocracia de la cultura. Libremente, según el ideal democrático, surgirán de escuelas y colegios los espíritus más aptos después de riguroso escrutinio. El estado educará a los talentos que necesiten la protección oficial: corregirá las desigualdades económicas llevando a las universidades a los espíritus realmente superiores sin distinción de clases. Renovará la «élite» con estas nuevas contribuciones selectas. Al excesivo industrialismo opondrá la universidad el desinterés científico. No será ya fábrica de presunción titulada, como decía Alberdi, sino gran centro de educación nacional. La erudición, el enciclopedismo, vicios de nuestros programas imitados de Francia, caerán en desuso; y la nueva pedagogía formará inteligencias finas, curiosas de ideas generales, enemigas de dogmas exclusivos.

Destruir tradiciones, tal es el ideal revolucionario en Europa; afirmarlas, robustecerlas, ante el espectáculo del desorden civil o de la renovación étnica, me parece necesario esfuerzo en América. Al culto de las letras clásicas, debemos preferir el estudio de la historia nacional y continental. Si se realizan las profecías de Rufino Cuervo, asistiremos a la formación de idiomas locales en el nuevo mundo. El castellano no será la antigua lengua que detendrá esa precoz diversidad. El estudio del idioma ancestral, de sus clásicos, la enseñanza histórica, servirán de bases seguras a la pedagogía de ultramar. El culto de los héroes y la lectura de los grandes escritores americanos constituyen una disciplina tradicionalista. Las viejas naciones, fatigadas de ideas, aceptan el pragmatismo y exaltan la acción; nosotros, pueblos amenazados por el materialismo de la riqueza, necesitamos de la razón moderadora. Todo nos empuja a la victoria mercantil, a la áurea embriaguez, al amor de la tierra sensual; un intelectualismo prudente, un arte tenaz, una religión conquistadora, tradiciones respetadas, traerán el deseado equilibrio a la tumultuosa mocedad de nuestros pueblos.

Francisco García Calderón

París: febrero, 1913.

Editor:—J. GARCÍA MONJE